

## Segundo Premio Redacción Estudiantes

### Lo que empezó como un día cualquiera

Lo siento por el spoiler, pero voy a empezar diciendo que estoy muerto. Mi nombre es Oleksandr Kravchenko, y trabajaba en la central nuclear de Chernóbil, de la que seguro que ya todos habéis escuchado hablar, pero de lo que pasó en realidad no se sabe nada.

Todo comenzó hace 34 años, 9 meses y 4 semanas. Esa noche yo tenía que haber estado en mi casa, con mi familia, pero desgraciadamente hoy no puedo estar contando esta historia como el afortunado que no tuvo que trabajar ese día, sino como la persona que se preocupó más por la salud de una central nuclear que por la suya propia.

Ese día, al levantarme, tenía el presentimiento de que algo malo iba a pasar, y efectivamente algo malo pasó. Recibí una llamada de mi jefe en la que me pedía por favor ir a hacer una inspección rutinaria al generador de energía, y yo no me negué. Por el camino no podía parar de pensar en que algo me iba a pasar, y acto seguido me venía a la cabeza la imagen de mi funeral, con mi hijo y mi mujer, y las familias de los otros 31 compañeros que fallecerían ese mismo día. Al llegar a la central todo iba bien, hasta que llegamos al reactor cuatro, donde había una pequeña fuga de sustancia radiactiva fuertemente corrosiva, y antes de darnos cuenta, ya nos habíamos quemado el brazo, pero logramos aclarar la mente y ponernos los trajes anti radiactivos. En ese momento, acabamos con la fuga y conseguimos estabilizar los niveles de oxígeno en la cámara en la que nos encontrábamos. Al haber en el aire partículas de material radiactivo, no nos dejaron salir del reactor para evitar su propagación. Y allí estábamos los 32 técnicos de servicio, con varios de ellos nuevos, hablando y contando nuestras historias y suponiendo que nos iban a sacar de allí con vida.

Yo seguía teniendo en mente mi presentimiento de que algo malo iba a pasar, y así fue. Diez minutos antes de que nos sacaran del reactor, los niveles de oxígeno bajaron y comenzó a subir la presión, que nos hacía daño en los oídos. Los oídos nos pitaban y no escuchábamos nada, excepto un sonido que

se escuchó nítido en mi cabeza, el de mi hijo dándome la bienvenida a la vuelta a casa. Después de ese fugaz momento, escuché un crujido que venía de las paredes del tanque que contenía el uranio necesario para producir energía y que, nada más entrar en contacto con el aire a esa presión, se produciría una reacción en cadena que acabaría con nuestra vida y con la de todas las personas que se encontrarán a menos de 3 kilómetros de distancia del núcleo del reactor. Hicimos todo lo posible por tapar las grietas con los parches de los trajes radiactivos que quedaban sin utilizar de los dos afortunados que habían cogido el avión a casa antes de la llamada que me cambió la vida. Con los brazos quemados por la radiación era complicado evitar que se produjera una de las mayores explosiones nucleares de la historia pero, aún así, los intentamos. Mientras tanto, yo pensaba en por qué la cámara estaba en mal estado y llegué a la conclusión de que no se había llevado a cabo la inspección rutinaria. Al no poder hacer más, la central nuclear entera estalló en una bola de fuego que era igual de letal que hermosa. Noté como mis células ardían una a una sin sentir dolor alguno. El único dolor que sentía era el de no acompañar a mi hijo el resto de su vida.

Y aquí estoy ahora, 34 años, 9 meses y 4 semanas después, muerto, lamentándome de no haber hecho caso a mi instinto, pero satisfecho de que alguien se esté preocupando de salvar la vida de otros trabajadores en sus respectivos puestos de trabajo. Y brindo por las vidas que se salvarán y por todas las que se podrían haber salvado.

**Alejandro Baciero Huergo**

15 años

COLEGIO DE FOMENTO AITANA

Torrellano (Alicante)